

**Nº 185**  
**AÑO LVII**  
**ENERO - JUNIO**  
**1989**

**ISSN 0303-9986**



# **REVISTA DE DERECHO**

**UNIVERSIDAD DE  
CONCEPCION**

**Facultad de  
Ciencias Jurídicas  
y Sociales**

## NOSTALGIAS DEL ELOGIO DE LOS JUECES

RAUL TAVOLARI OLIVEROS  
Prof. Derecho Procesal  
Universidad de Valparaíso

Se cumplen, en el presente, 55 años desde que, dedicado a su hijo Franco, a la sazón estudiante de Derecho, escribiera Piero Calamandrei su ya clásico *Elogio a los jueces escrito por un abogado*. (*Elogio dei Giudici scritto da un Avvocato*).

Libro sin parangón en la literatura jurídica que, al decir de otro procesalista insigne -Couture-, sólo encontraría paralelo en obras de quienes no son juristas, Quevedo, Dickens, Molière. Tiene la peculiar condición de haber sido editado tres veces en vida del autor (1935, 1938 y 1955) y mediando una época en que Europa e Italia, en especial, padecieron -no sólo de guerras- sino de lacerantes procesos políticos y sociales que, imbuidos de afán totalizante, no vacilaron en utilizar todos los recursos disponibles para doblegar voluntades.

La presión moral, el amedrentamiento, por todas las formas concebibles, resultaron habituales y los espíritus afectados fueron reaccionando de manera diferente, de acuerdo a la fortaleza de sus principios, a la solidez de sus convicciones y, desde luego, a su coraje personal.

En el *Elogio* se encuentran, como anticipara el mismo Couture, dos libros en uno; el primero, escrito por un autor que venía de la primavera; el segundo, por uno que venía del invierno..., un invierno —además— en que los jueces italianos, por regla general, optaron por respaldar y legitimar los excesos que el fascismo cometía, amparado en su legalidad formal.

El autor de la tercera edición difería del de la primera en largos casi veinte años de ejercicio profesional y de edad, con su secuela de desencantos y frustraciones por lo que todo atento lector reparará en un nuevo estilo, que debe atribuirse a que si la alabanza franca, nunca aduladora de la primera edición, perseguía fortalecer a los jueces, hacerles saber que los abogados estaban atentos a los embates en su contra y admiraban y respaldaban la serena pero firme independencia de aquellos que no claudicaban; en la edición postrera se trataba de motivaciones que al autor ya no conmovían.

Es más, en el último prólogo, el propio Calamandrei anticipa que muchos le formularán la misma irónica pregunta: "¿Todavía, después de la experiencia de estos últimos veinte años, te obstinas en mantener el título del libro...?" a lo que no vacila en contestar que el título se mantiene, "con más convicción que antes". Es un hermoso ejemplo de quien, habiendo alcanzado la cúspide, en su actividad académica y forense, no vacila en proclamar, con humildad, su admiración por los jueces, al tiempo que, preciso es reconocerlo, también por sus pares, los abogados.

Culmina en nuestro país un largo y difícil período político, cuya cercanía, si bien

impide —en algunos ámbitos— el juicio con perspectiva, no alcanza a evitar que los abogados —incluyendo a los que por vocación y otras razones optaron por la judicatura— reflexionemos, analicemos y evaluemos el estado de la Justicia y el comportamiento de los jueces, sin referencia política alguna.

La feliz imaginación de un traductor alemán llevó a rotular —alguna vez, el *Elogio*, normalmente conocido como *Lob der Richter* —con el elocuente nombre de *También los jueces son hombres*, sentencia que los abogados no hemos de olvidar, al enjuiciar a quienes, con una formación idéntica a la nuestra, se aventuran, quiera Dios que obedeciendo siempre a un llamado personal y profundo, por los caminos judiciales.

Así entonces, hablar de los jueces, que es hablar de la Justicia, se resuelve en hablar de hombres: hombres de aciertos y errores; hombres de virtudes y defectos; de temores y esperanzas; hombres débiles, sin valor y hombres fuertes, audaces; timoratos y decididos; perezosos y trabajadores; talentosos y sin talento; criteriosos y sin criterio, todos ellos —empero— unidos por la común decisión de entregar su esfuerzo a la tarea de la justicia.

¿Cómo son los jueces chilenos hoy? Difícil saberlo: habría que adentrarse en la profundidad del alma de cada cual. Para conocerles habría que llegar a ese remanso del espíritu, donde el hombre se ve con la claridad que permite ver hasta siempre, conforme a la frase elocuente.

Recordando la sentencia bíblica, con los frutos a la vista, podemos intentar resumir cómo vemos hoy a la mayoría de nuestros jueces y, lamentablemente, el balance es desolador.

Capítulo aparte merece ese juez que sirve un tribunal unipersonal con endémica carencia de medios humanos y materiales, ése, cuyo drama, al decir de *Elogio*, es la soledad, ése, cuyo trabajo abrumador le lleva, de un instante a otro, por las miserias del proceso penal, en el que pobres espíritus aguardan, en palabras de Cernelutti, la redención por la pena, como por la emotividad del problema de los menores, inocentes objetos de la discrepancia de los amores que, extinguidos, se infieren daño con los hijos.

A ese juez, casi heroico, qué ganas de absolverlo del reproche. Mas, cómo olvidar esos eventos en que, ignorando la maravilla de su tarea, cae también en los errores de otros.

¿Es tan difícil ser juez? García Morente enseñaba que la Filosofía sólo se aprende haciendo filosofía; seguramente sólo desempeñándose como juez se contesta con precisión. Por ahora invocamos para responder nuestra común participación en el misterio del fenómeno judicial y la nunca disimulada aspiración de todo abogado de ejercer, alguna vez, la magistratura. Premunidos de esos títulos, aventuramos la afirmativa: es difícil ser juez y, en la tarea, numerosos fracasan.

1. — Requiere de muchas condiciones, entre las que destaca *la ilusión*, maravillosa actitud del hombre, que permite sortear quebrantos y debilidades buscando lo mejor; esa actitud que se asemeja al ensueño, por la inocencia de sus características pero que no consigue, como aquél, apartar de la realidad; la ilusión es un permanente estímulo en la vida enfrentada contra dos escollos que —la más de las veces— la harán sucumbir: *el deseo* —con su connotación material concreta— que arranca de la ambición y la *costumbre* "insidiosa como una enfermedad y que lo desalienta, hasta hacerle sentir, sin que se rebele, que el decidir de la vida y del honor de los hombres se ha convertido para él (juez) en una práctica de administración ordinaria". (*Elogio*).

Sólo el juez con ilusión se interesa por conseguir el razonamiento del abogado; aquel "acostumbrado" dormitará pensando en que restan dos horas de audiencia o que

el abogado cita autores por propia vanidad o, por último, que lo que escucha no le aporta nada.

Sólo al juez con ilusión le preocupa la opinión de los abogados ante la calidad de sus fallos y el esfuerzo intelectual que ellos denotan.

Sólo el juez con ilusión siente amor al estudio de doctrinas, pensamientos o jurisprudencia; sólo él sentirá asombro al enjuiciar y se sentirá pequeño ante el misterio del juicio jurisdiccional; sólo él sentirá admiración por el abogado reconociéndole, si la posee, su mayor versación.

Cuando, por el contrario, en el juez se enseñoorea la costumbre, no hay tiempo para el estudio; los procesos se juzgan sin perplejidad; los abogados se estiman ignorantes, o causantes de retardos y dilaciones, y la suya es opinión que no interesa.

2.— Virtud excelsa es, en el juez, y en el hombre, *la humildad*: ¿No es humilde cambiar la opinión que se tenía al comenzar un alegato? ¿No es humildad atender con interés al alegato de ese abogado joven, cuya inexperiencia, retratada en el rostro, en los ademanes, en el tono de voz, le lleva a confundir razones y conclusiones? ¿No es humilde atender, de igual manera, al alegato de ese abogado que no nos simpatiza o pareciera dictar cátedra? ¿No es humilde, por último, dispensar al inferior un trato cordial, sin invocar el peso de la autoridad?

¿Dirán alguna vez, en la soledad de su conciencia, una oración, como la de Gabriela: "Señor, tú que eres el único que enjuicia, perdóname por juzgar..."?

¿Cuántas veces los abogados hemos pedido una audiencia, que se retarda largamente, para encontrarnos, al fin, con un juez ostensiblemente apurado que, además, nos mira con indisimulada desconfianza, cuando no con fastidio!

3.— *La dedicación* es una característica usualmente ignorada o, quizás, llamada en forma diversa: a mí, con todo, me parece un nombre adecuado. Dedicado es el juez que cumple cabalmente su horario; aquel que no dilapida su ingenio buscando cómo eludir el trabajo, o simplemente escapar al "turno", esa desviación administrativa, diabólica, que campea en los Tribunales Colegiados chilenos, para determinar qué juez, de los que integran la sala, habrá de redactar el fallo.

"El turno" se ha constituido en una de las más nocivas prácticas de la administración de justicia chilena, tanto porque, en los hechos, amenaza el sentido colegiado de los Tribunales superiores, como porque permite — a jueces y abogados — condicionar la participación de aquéllos en las causas. Todos sabemos de abogados que buscan o evitan ministros "de turno" y, lamentablemente, también sabemos de jueces que, motivados por el turno, faltan; proponen trámites innecesarios o simplemente inventan inhabilidades para no participar en la vista.

4. Famosa —en el sentido de conocida— es la actitud de una persona que, elevada a la categoría de juez de segunda instancia, es siempre partidaria de confirmar, por sus propios fundamentos, cuando se encuentra de turno, toda sentencia apelada.

Dedicado, a la par que cortés, es el juez que redactando su sentencia se hace cargo de los argumentos del abogado, así no más sea para explicar por qué razón no son atendibles.

Quien de esta manera procede, recuerda que las motivaciones de la sentencia, imperativo de todo Estado de Derecho, se justifica por el perdidizo antes que por aquel que obtiene.

Dedicado es el juez que conoce la evolución del pensamiento jurídico de su medio y de su tiempo; que está enterado de la jurisprudencia predominante —para aceptarla o

rechazarla—. Sabemos los abogados cuánto tiempo del cada vez más escaso que se nos otorga para alegar, dedicamos a temas que, por conocidos, debieran estar superados. Pruebas al canto: ¿podrá creerse que, dentro de la legítima libertad que cada juez o tribunal tiene para interpretar la ley, existan todavía sentencias que rechazan recursos de protección por existir otras acciones o recursos en el ordenamiento jurídico?

Dedicado es el juez que no usa el artículo 314 del Código Orgánico de Tribunales para denegar justicia en febrero.

Dedicado es, por último, quien como juez entiende que al servicio de la Justicia, junto al talento, hay que aportar, como en toda actividad humana, una cuota de fatiga.

4.— Para terminar, una nota a la "*urbanidad*", dictada no tan sólo por la emulación del Capítulo II del *Elogio*. "De la urbanidad (o de la discreción) en los jueces", sino por la consideración que dispense a mi profesión —la abogacía— y por la convicción que me asiste en torno a no existir ser humano alguno que, en el trato, pueda estar liberado de los dictados de la cortesía.

Nadie puede, a pretexto del dominio del complejo Código Civil o del conocimiento exhaustivo del "Sistema" de Carnelutti, olvidar al modesto Manual de Carreño.

Es cortés el juez que "no hace esperar dos horas en el pasillo a los abogados", como anota Calamandrei en el *Elogio*; no lo es, me parece a mí, el que en alegatos dormita; da ostensibles señales de aburrimiento o desinterés, o se evade tras oscuros anteojos, que en la calle jamás usa; tampoco lo es el que, al redactar, nombra al abogado como al reo, mezquinando el "don", el "señor" o, incluso, el "abogado".

Con todo, ilusión, humildad, dedicación y urbanidad son características indispensables para ejercer la abogacía y no sólo atributos que se pueden demandar a los jueces: esta conclusión, sin originalidad alguna de mi parte, ya la había también anticipado, más de medio siglo atrás, el *Elogio*, dedicando su capítulo postrero a la "cierta coincidencia entre los destinos de los jueces y los abogados".

Mal haríamos los abogados en criticar a los jueces para dañarlos, para agraviarlos. También yerraríamos si guiados por equivocada solidaridad guardáramos silencio: el problema de la Justicia nos incumbe a todos, jueces y abogados; y terminando, como el *Elogio* comienza, no trepido en proclamar que la fe en los jueces es el primer requisito del abogado.

Las modestas reflexiones que anteceden son fruto de una renovadora lectura del *Elogio* a la que he recurrido —como suelo hacerlo— tras una frustrante y desconsoladora experiencia forense en este febrero que se aleja. Confío en transmitir, a quien haya tenido la paciencia de leerlas, mi admiración por la actividad de los jueces más allá de toda tristeza o crítica que de estas líneas pueda desprenderse. El *Elogio*, con variantes, podría todavía volverse a escribir.